

Rincón del Libro

**Ética y política desde una perspectiva leninista**

Raymond Geuss. *Philosophy and Real Politics*. Princeton University Press, Nueva Jersey, 2008. 116 pp.

ISBN: 978-0691-13788-9.

EICHMANN: *Usted es el radical, cuando se preocupa más por las ideas puras que por los hombres impuros... Usted ha vivido con la cabeza en su cielo estrellado y yo en el lodo del mundo, pero éste es el único mundo que existe... Usted es puro, por supuesto, limpio, evidentemente, pero nunca bajó del cielo de las ideas. Yo, por supuesto, por haber vivido en lo real, en la historia, en la materialidad de las cosas, soy impuro, sucio. Porque he vivido... Usted, Kant, ¿vivió alguna vez?*

Michel Onfray, *El sueño de Eichmann*



Este libro trata, entre otras cosas, de los postulados teóricos de la ética, de cualquier ética, y de su complicada relación con la vida práctica. *La filosofía y la política real* podría ser un título

aproximativo a este libro del profesor británico Raymond Geuss, quien afirma que un gran error filosófico consiste en pensar que las premisas teóricas de la ética deben ir antes

de la práctica política. Un error, según Geuss, de raíz kantiana, y que hace que la ética se dé de trompadas con las complejidades de la política. ¿Una alternativa posible? Ensayar una “política real”. El maestro en esto es aquel autor cuyo nombre es La Gran Mala Palabra entre “analistas” de derecha, que le imputan la autoría de manuales, tan siniestros como inexistentes, de dominación política, pero también entre la izquierda “políticamente correcta”, para la cual, ese nombre, parafraseando al presidente Chávez durante una intervención “políticamente incorrecta”, cuando dijo: “huele a azufre”. La Gran Mala Palabra es el nombre Lenin o los predicados que se le atribuyen. Lenin es la versión del siglo XX de Maquiavelo, otra Gran Mala Palabra, pero renacentista.

“Una fuerte hebra ‘kantiana’ se ve en mucho de la teoría política contemporánea y tal vez, incluso, en ciertas prácticas políticas reales. Esta hebra se expresa a sí misma en el tono altamente moralizante en el cual se conduce alguna parte de la diplomacia pública, en todo caso, en el mundo angloparlante y también en la popularidad que tiene entre los filósofos políticos el siguiente eslogan: ‘La política es ética aplicada’” (p. 1).

Esta frase que en apariencia nadie podría negar, es sinuosa y admite dos posibles lecturas: La que el autor llama “anodina” y la lectura de “la ética-primero”. La lectura anodina (“que formula un punto de

vista que acepto plenamente”, *ibíd.*) plantea que la política, entendida tanto la acción política y las formas de estudiar esta acción, no es una actividad valorativamente neutra y es, desde ya, una actividad ética. Así, “los actores políticos generalmente persiguen determinadas concepciones del ‘bien’ y actúan a la luz de lo que toman como permitido. Esto es cierto pese al innegable hecho que la mayoría de agentes humanos son, en la mayor parte del tiempo, débiles, se distraen fácilmente, están hondamente conflictuados y confundidos y que, por consiguiente, no harán siempre solamente las cosas que toman como permitidas. Uno nunca entenderá que están haciendo a menos y hasta que uno tome en serio la dimensión ética de sus acciones en el sentido más amplio de este término: sus muchos juicios de valor sobre lo bueno, lo permitido, lo atractivo, lo preferible, que es lo que debe evitarse a toda costa. Actuar de esta manera puede describirse perfecta y razonablemente como ‘aplicar la ética’, haciendo entender que ‘aplicar’ tiene pocas similitudes con dar una prueba en geometría euclidiana o calcular la capacidad que tiene un puente de soportar peso y se parece más al proceso de tratar de sobrevivir en una batalla campal” (p. 2).

Por el contrario, la lectura de “la-ética-primero” es una lectura “cartesiana” (en el sentido del “plano cartesiano”), esto es, una interpretación abstracta de la éti-

ca, “cuando se está tratando con cualquier fenómeno conectado con los deseos, creencias, actitudes o valores humanos. La gente no suele tener creencias completamente delimitadas acerca de una variedad de temas; suelen desconocer qué quieren o por qué hicieron algo; incluso cuando saben o aseguran saber lo que quieren, no acostumbran dar una explicación coherente de por qué quieren exactamente lo que aseguran querer; suelen no tener idea de qué partes de sus sistemas de creencias y deseos (...) son ‘principios éticos’ y cuáles son ‘intereses’ (meramente empíricos). Esto no es tan sólo una mera falla epistémica ni es tampoco algo que podría remediarse en principio, sino una característica penetrante e ‘inherente’ de la vida humana” (pp. 2-3).

La “política real” que propone Geuss es partir del hecho que la política la hacemos mujeres y hombres reales, no “sujetos éticos abstractos”, que se mueven en la limpidez del plano cartesiano. Lo que el autor tiene en mente, por ejemplo, es la filosofía política de Rawls, quien, junto a Kant, sería un ejemplo de filosofía política no realista. Geuss se detiene particularmente en la *Teoría de la justicia* del pensador estadounidense. El autor discrepa con Rawls cuando este plantea que “La verdad y la justicia no tienen compromisos” (citado en p. 70). La justicia no podría tener una preeminencia “sobre cualquier otra consideración, incluyendo el bienestar social, la eficiencia, la

opción democrática, la transparencia, la dignidad, la competitividad internacional, o la libertad y, por supuesto, cualquier concepción moral, filosófica o religiosa arraigada.” (pp. 70-71).

Asimismo, Geuss comenta al respecto de la teoría rawlsiana sobre la “posición original” y la “elección bajo el velo de la ignorancia” para entender la justicia. El problema, a juicio de Geuss, es que todo lo anterior nos lleva a concebir la justicia al margen de las condiciones históricas de cada caso concreto. Así, el “velo de la ignorancia” rawlsiano implica, precisamente, *ignorar* las condiciones en que los “agentes morales” hacen sus elecciones.

En lo tocante a la “posición original”, esta es objetable en cuanto “se desvincula de la política real (... es) un punto de vista ideal desde el cual se puede escudriñar desinteresada e imparcialmente el mundo humano” (p. 73). Por último, la perspectiva desde la cual Rawls postula sus argumentos éticos, su “nosotros”, es el de las clases económicamente privilegiadas del mundo desarrollado.

Aquí es donde entra en acción Lenin. Se trata de un neoleninismo particular. El autor se explica: “Tal como lo afirmé al principio de este libro, mucha de la filosofía política contemporánea en el mundo occidental es de inspiración abrumadoramente neokantiana. Un ‘neokantiano’, por supuesto,

no necesita suscribir todas las afirmaciones específicas hechas por el filósofo histórico Immanuel Kant. El filósofo de principios del siglo XX, C. I. Lewis, se describió a sí mismo como un kantiano que pensaba que cada una de las tesis epistemológicas y metafísicas características que defendió el Kant histórico estaban erradas, y Lukács dijo que ser marxista era tener un determinado método —ver la sociedad como una ‘totalidad’ dialéctica históricamente constituida, de tal forma que uno podía ser, en principio, un marxista ortodoxo y rechazar al mismo tiempo cada una de las creencias específicas de Marx. De forma similar, uno podría llamarse razonablemente a sí mismo ‘neoleninista’ sin estar por ello comprometido con cada una de las posturas o teorías que sostuvo el Vladimir Ilich Uliánov histórico. Desde mi perspectiva, si la filosofía política desea estar completamente conectada con una comprensión seria de la política y,

en consecuencia, convertirse en una fuente efectiva de orientación o una guía para la acción, necesita volver de las actuales formas reaccionarias de neokantianismo a algo semejante al punto de vista ‘realista’ o, para decirlo más llanamente, al neoleninismo” (pp. 98-99).

El libro de Geuss no solamente trae a cuenta la vigencia del pensamiento de Lenin, en cuanto a su agudeza para analizar cada coyuntura política en la que se aplican los principios éticos, sino en la urgente necesidad de superar los defectos de lo que Ellacuría llamó “el reduccionismo idealista”, lo cual, en términos filosóficos y políticos, implica, o bien actuar descontextualizadamente, o, lo peor, encubrir ideológicamente la realidad.

Luis Alvarenga  
Departamento de Filosofía  
UCA, San Salvador